

XIII

El Arcano sin nombre

Transformación profunda, revolución

El error más extendido acerca de este Arcano es el de la tradición superficial que le da el significado, y a veces el nombre, de «La Muerte». El peso de esta inexactitud ha influido mucho en la interpretación del Arcano XIII. Ciertamente, la figura central es ese esqueleto segador que, en la tradición popular, representa a la muerte. Sin embargo, numerosos elementos nos permiten apartar esta interpretación simplista. Por una parte, el Arcano XIII no tiene nombre. Después de la labor de vacío y de ahondamiento que ha realizado El Colgado, esta carta invita a una limpieza radical del pasado, a una revolución que se sitúa en las profundidades no-verbales o preverbales del ser, en la sombra de ese terreno negro, de ese desconocido por nosotros mismos de donde emerge, como de una matriz, nuestra humanidad.

Por otra parte, se puede observar que el 13 no es el último número de la serie de los arcanos mayores, sino que se sitúa un poco más allá del medio de la serie. Si esta carta representara el fin, llevaría probablemente el número 22. Su situación en el corazón del Tarot nos incita a verla como una labor de limpieza, una revolución necesaria para la renovación y el ascenso que conduce gradualmente hacia la realización total de El Mundo. Por otra parte, esta carta numerada pero no titulada responde como un eco a El Loco, que tiene nombre pero

Palabras clave:

Cambio - Mutación - Revolución - Ira - Transformación - Limpieza - Cosecha - Esqueleto - Cortar - Avanzar - Eliminar - Destruir - Rapidez...

225

no número. La similitud de las posturas de ambos personajes es evidente: el esqueleto del Arcano XIII podría casi ser el de El Loco visto con rayos X. De ello podemos deducir que estos dos arcanos representan dos aspectos de una misma energía fundamental. Pero si El Loco es ante todo un movimiento, un aporte de energía, una liberación, el Arcano XIII evoca una larga labor de limpieza y de purificación, como una labranza o una siega que preparan el terreno para una nueva vida. Una vez más, un indicio evidente nos aleja de la interpretación simplista: este esqueleto es de color carne, el color de la vida orgánica

por excelencia. Se trata del esqueleto que llevamos en nosotros mismos, el hueso, la esencia viva y la estructura de todo movimiento, y no del esqueleto que dejamos detrás de nosotros al irnos de esta vida.

Un hueso blanco en el suelo sugiere la osamenta seca (el origen del término «esqueleto» es una palabra griega que significa «seco»), pero incluso ese hueso muerto se muda hacia otra vida puesto que, con siete agujeros, se presenta como una flauta, un instrumento que espera un soplo para producir su música; ese soplo podría ser divino. Por todas estas razones, es impensable reducir el Arcano XIII al significado de «la muerte». En cambio, se puede ver en él una gran transformación, una revolución, un cambio radical.

El personaje del Arcano XIII, con su guadaña vital (roja) y espiritual (azul claro), está trabajando la naturaleza, su propia naturaleza profunda. Sostiene la guadaña por el mango amarillo, color de la inteligencia: el trabajo ha sido deseado, pensado, y ahora se lleva a cabo. Naturalmente, ese trabajo puede vivirse como un luto. Asimismo, en el proceso del Arcano XIII, se verá aflorar con frecuencia la ira o la agresividad, padecida o expresada. Pero es posible que ese trabajo se efectúe como un estallido, una explosión rápida y liberadora. El Arcano XIII corresponde a La Emperatriz en la primera serie decimal, lo impulsa la misma energía explosiva, vital y sin matices, pero necesaria ante la estabilización que ha aportado el cuarto grado. El paso por el Arcano XIII es un proceso de eliminación que labra el ego y lo doma. Ya no se tolera ningún elemento inútil, los sistemas de valores y los conceptos reductores que nos encierran quedan abolidos, y con ellos la complicidad que hasta ahora manteníamos con nuestra no realización o nuestra neurosis. Todos los lazos de dependencia quedan cortados para

226
permitirnos recuperar la libertad perdida, la misma cuyo símbolo primordial es El Loco.

El suelo negro en el que trabaja el Arcano XIII recuerda la *nigredo* de la alquimia, o el ceno del que emerge el loto en la tradición budista. Es el color del inconsciente, de la vacuidad, del misterio profundo. Encontramos en el suelo dos cabezas, no se sabe si cortadas o surgiendo de la oscuridad; en cualquier caso, el esqueleto se apoya

sobre ellas para avanzar. El padre y la madre han sido destronados en un primer tiempo, para que la nobleza profunda de lo masculino y lo femenino aparezca bajo forma de dos arquetipos purificados. Dos seres humanos de tradición real nacen, pues, aquí, del mismo modo en que crecen dos formas de hierbas: una azul oscuro, del color de la recepción espiritual intuitiva, y otra amarilla, del color de la inteligencia activa y solar. Observamos también que destacan sobre el suelo negro unos pies y unas manos, unos muy bien formados, otros imperfectos. ¿Están cortados? ¿Crecen? En ese caso se podría decir que el nuevo ser aflora ya en la superficie. Si estudiamos más detenidamente el personaje esquelético, vemos que su rostro no es tal, sino una sombra de perfil, como si el negro del suelo hubiera subido hasta su cabeza, como si lo mental se hubiera vaciado. El ojo del personaje recuerda un dragón mordiendo la cola, símbolo del universo infinito. Su cabeza lleva una forma lunar, señal de receptividad, y, en la parte trasera del cráneo, entre las rayas, se pueden descubrir las cuatro letras hebraicas Yod, He, Vav, He, que componen el nombre divino. La suma de estas cuatro letras, en el alfabeto hebreo, da el número 26, el de la divinidad, cuya mitad exacta es el 13.

La flauta de hueso,
que también evoca
un instrumento de
la tradición
tibetana.

En el suelo, dos
cabezas cortadas
podrían ser los
conceptos heredados
de los padres.

Este ser lleva en él la divinidad, pero no es totalmente divino, trabaja en el plano de la encarnación. Se puede ver él un lazo con la mitología

cristiana: la figura de Jesucristo tiene esa doble pertenencia humana (Jesús) y divina (Cristo). La pelvis del personaje y su columna vertebral reproducen los colores de la guadaña: azul cielo y rojo, como si estos dos colores (acción vital y receptividad espiritual; ver págs. 122 y ss.) constituyeran la base del crecimiento que se desarrolla a lo largo de esta columna, en forma de espiga de trigo, hasta la flor roja de cuatro pétalos que sostiene la cabeza. Una de sus rodillas y uno de sus codos llevan una flor de tres pétalos o un trébol rojo, que indica una vez más la actividad en puntos estratégicos del ser: rodilla y codo son los lugares del carisma y de la comunicación con la multitud. En el cuerpo de color carne, una pierna y un brazo están bañados de azul cielo. Se trata de un ser activo y comunicativo, a la vez encarnado y espiritual, humano y divino, mortal e inmortal. Su máscara es espantosa. Aunque hayamos visto que lleva dentro la acción divina, podemos dejarnos aterrorizar por su apariencia, y ver en este personaje un cojo de cabeza vacía que siega al azar, sin respeto por la belleza de la vida. Una amenaza terrorífica e inapelable, como la muerte injusta y sin piedad. Pero su acción nos indica la vía de la transformación y nos lleva de la mortalidad a la inmortalidad de la consciencia individual.

En una lectura

Esta carta exige especial delicadeza interpretativa. Las predicciones negativas son tóxicas e inútiles: no es necesario ver en ella la muerte, la mutilación, la enfermedad... Ciertos consultantes se asustan al ver esta carta. Conviene descubrir con ellos qué gran transformación evoca, qué cambios son deseados o ya están produciéndose y qué amenazas nos permite evitar. A veces se trata de algo de lo que hay que prescindir, a veces también de una gran ira no expresada que necesita salir. En ocasiones, el Arcano XIII expresa una agresividad inconsciente o la necesidad de manifestar una energía que, de momento, no sabe cómo expresarse de forma positiva. En ese caso, es bueno ver si la energía de El Loco (que va en la misma dirección, con el mismo movimiento, 228

pero con connotaciones menos negativas) no sería más adecuada. Sin embargo, cuando una revolución es deseada, el Arcano XIII la trae con una rapidez radical que puede producir un gran alivio.

Y si El Arcano sin nombre hablara...

«Si te das prisa, me alcanzarás. Si frenas, te alcanzaré. Si andas tranquilamente, te acompañaré. Si te pones a girar, danzaré contigo. Ya que nuestro encuentro es inevitable, ¡hazme frente ahora mismo! Soy tu sombra interior, la que ríe detrás de la ilusión que llamas realidad. Paciente como una araña, engastada como una joya en cada uno de tus instantes, compartes tu vida conmigo; si te niegas a ello, no vivirás en la verdad. Ya puedes huir al otro extremo del mundo, que yo siempre estaré a tu lado. Desde que naciste, soy la madre que no deja de darte a luz. ¡Alégrate entonces! Sólo cuando me concibes la vida cobra sentido. El insensato que no me reconoce se aferra a las cosas sin ver que todas me pertenecen. No hay ninguna que no lleve mi sello. Permanente impermanencia, soy el secreto de los sabios: ellos saben que sólo pueden avanzar por mi camino. Los que me asimilan se vuelven poderosos. Los que me niegan, tratando en vano de huir de mí, pierden las delicias de lo efímero: son sin saber ser. Agonizan sin saber vivir. Los niños no me imaginan. Si pudieran hacerlo, dejarían de ser niños, pues soy el final de la infancia. Quien me encuentra en su camino se vuelve adulto: sabe que me pertenece. Devoro sus dificultades, sus triunfos, sus fracasos, sus amores, sus decepciones, sus placeres, sus dolores, sus padres, sus hijos, su orgullo, sus ilusiones, su riqueza, lo devoro todo. Mi voracidad no tiene límite, devoro incluso a los dioses. Pero con el último, con el auténtico, una vez disueltas las máscaras en mis entrañas, me rompo los dientes. En su indescriptible misterio, en su presencia ausente, en su ausencia presente, me mato a mí misma... Cuando la totalidad de la materia pasa por mi garganta sin fondo y las cosas dejan de aparecer, me veo obligada a esfumarme. Gracias a mí, todo se convierte en polvo y todo se hunde. Pero no pienso que sea una tragedia. Hago de la destrucción un proceso de extremo esplendor. Espero que la vida se manifieste hasta alcanzar su mayor belleza, y aparezco entonces para eliminarla con la misma belleza. Cuando llega al límite de su crecimiento, empiezo a destruirla con el mismo amor que se empleó en construirla. ¡Qué alegría! ¡Qué alegría inconmensurable! Mi destrucción permanente abre la vía a la creación constante. Si no hay fin, no hay comienzo. Estoy al servicio de la eternidad. Para obtenerla, debes aceptarme y debes combatirme

al mismo tiempo, porque en el fondo no existo, sólo existe la vida, es decir, el cambio. Si te entregas a la transformación, te conviertes en el amo del momento efímero, porque lo vives en su intensidad infinita. Por mí nace el deseo en los vientres, en los sexos. El coito sirve para conquistar la eternidad.

Si no tuvieras cuerpo material, yo no existiría. Cuando te conviertes en puro espíritu, desaparezco. Sin materia, dejo de ser. ¡Atrévete, pues, a depositar tus huesos y tu carne en mis fauces! Para triunfar, tienes que darme de ti todo aquello que, en realidad, siempre ha sido mío. Tus ideas, tus sentimientos, tus deseos y tus necesidades, todo eso me pertenece. Si quieres conservar algo, por ínfimo que sea, tú que no eres nada ni posees nada, lo perderás. Perderás la Eternidad. ¡Sé fuerte! ¡Vive junto a mí! Quien camina conmigo transforma a sus hijos, a sus amigos, su patria, su mundo. Identificándote con tu consciencia, me tendrás miedo. Sacrificando tu consciencia, cediéndome la última de tus ilusiones -esa mirada que todo lo quiere y cree ver sin ser nada-, me vencerás. Compréndelo: én mi extrema negrura, soy el ojo de ese impensable que podrías llamar Dios. También soy Su voluntad. Gracias a mí, vuelves a Él. Soy la puerta divina: quien entra en mi territorio es un sabio, y quien no puede cruzar mi umbral conscientemente es un niño miedoso acorazado en sus detritos. En mí hay que entrar puro: deshazte de todo, deshazte incluso del desasimiento, aniquílate. Cuando desaparezcas, aparecerá Dios.

¿Quieres fuerza? Aceptándome serás el más fuerte. ¿Quieres sabiduría? Aceptándome serás el más sabio. ¿Quieres valentía? Aceptándome serás el más valiente. ¡Dime qué quieres! Si te conviertes en mi amante, te lo daré. Cuando sientes que formo parte de tu cuerpo, transformo la concepción que tienes de ti mismo, te vuelvo muerto en vida y te confiero la mirada pura de los muertos: dos agujeros sin suje-

ción por los cuales sólo mira Dios. El instante es entonces terrible, todo se transforma en espejo, y te ves en cada ser, en cada forma, en cada proceso. Lo que llamas «la vida» se torna danza de ilusiones. No hay diferencia entre la materia y el sueño.

No tiembles, no temas, ¡alégrate! La vida, aunque irreal y efímera, revela su mayor belleza. Dándome tu mirada comprenderás por fin que es un milagro estar vivo. Tu ser divino e impersonal no puedo

devorarlo. Sólo engullo los egos. Todos tienen sabores distintos, a cada cual más fétido y amargo. Cuando se capta mi omnipresencia, puede decirse que empieza la labor llamada iniciación. Esta dura hasta que comprendas que no soy de ti, sino que soy tú.

No me gusta que se me encuentre antes de hora. Deseo que se me llame en el momento preciso en que se entiende quién soy. Si se me precipita suicidándose, no apporto sabiduría ninguna, pues se me disfraza de vulgar destrucción. No soy una desgracia absurda, tengo un significado profundo, soy la gran Iniciadora, la Maestra impalpable oculta bajo la materia. Cuando se me solicita de manera insensata me enfurezco, se me hace actuar contra mi voluntad. Sólo los que llegan a mí con plena consciencia me proporcionan el gozo supremo. Pero la mayoría de los seres, ignorantes, vienen a mí a través de la guerra, el crimen, el vicio, la enfermedad, las catástrofes. Raros son los que alcanzan ese estado de consciencia pura en que me convierto en el apogeo de la realización. Ésos siempre me reconocen, mientras que a los demás los sorprendo. El que se resigna, comprende y acepta ser mi presa, vive con facilidad, libertad y alegría, confiado frente a las agresiones, sin pesadillas, realizando sus deseos: perdiendo la esperanza, se pierde también el miedo. No me tiendas la mano, pues la pudriría inmediatamente. Ofreceme tu consciencia. ¡Desaparece en mí para ser por fin la totalidad!»

Entre las interpretaciones tradicionales de esta carta:

Transformación profunda - Revolución - Corte - Eliminar lo que nos impide avanzar - Fin de una ilusión - Ruptura saludable - Revolucionario - Ira - Agresividad - Cosecha - Labor de ruptura relativa a una persona o a una situación - Odio - Violencia - Limpieza - Purificación radical - Esencia del cambio - Trabajo del inconsciente - El rostro destructor de la divinidad - La muerte como máscara de Dios - Transmutación - Erradicación de lo antiguo para dejar sitio a lo nuevo - Trabajo relacionado con el esqueleto humano - Movimiento esencial - Rayos X - Psicoanálisis, persona que acompaña el cambio